

© *Temas*, n. 2, abril-junio de 1995, pp. 22-21.

Historia, historiografía y estudios cubanos: treinta años después *

Louis A. Pérez, Jr.

Historiador. Universidad de Carolina del Norte. Chapel Hill.

* Este texto fue publicado en: Damián Fernández, ed., *Cuban Studies Since the Revolution*, Florida University Press, 1992. Por su interés, *Temas* lo reproduce con la autorización del autor.

Puede que sean pertinentes algunas observaciones generales sobre el tema de la historiografía en el contexto más amplio de los estudios cubanos. Primeramente, el campo de los estudios cubanos, como la propia Revolución cubana, está sometido a un proceso de rectificación propio. Indicios de ello aparecen por doquier. Más que una rectificación hay una redención: al fin nos hemos librado del término oneroso y poco elegante de «cubanología». Es posible ver también la rectificación en la inclusión de la historia para evaluar «el estado de los estudios cubanos». No siempre ha sido así. Para que el significado no pase inadvertido e inapreciado, tal vez sería de utilidad revisar brevemente estos hechos en un contexto más amplio.

Casi desde el inicio, los estudios cubanos —la «cubanología»— partieron del supuesto central, pero nunca plenamente explícito, de que el estudio de Cuba era, de hecho, principalmente el estudio de la Revolución cubana. Nunca ha sido evidente dónde encaja la historia en el plan más amplio de los estudios cubanos, cómo lo hace o si lo hace siquiera. Así, a Andrew Zimbalist le fue posible revisar «lo académico en Cuba» y hablar de «la evolución de la cubanología en los Estados Unidos» sin mencionar una vez siquiera a los historiadores de Cuba;¹ a José Luis Rodríguez, examinar las diversas «corrientes ideológicas» de la «cubanología» sin hacer un comentario sobre historiografía,² y a Nelson Valdés, describir a los «cubanólogos» concretamente como «el grupo de profesionales que examinan, describen y explican la Revolución cubana».³ Las publicaciones refuerzan esta percepción. Más del 80% de los artículos firmados publicados en *Cuban Studies / Estudios Cubanos* entre 1975 y 1988 (118 de 145) trataban sobre el período posterior a 1959.

Es este un tema complicado y hace surgir diversas preguntas como corolario. Los estudios cubanos han estado impelidos, en gran medida, por la política, una orientación que no ha aceptado con facilidad el análisis histórico como perspectiva útil. Implícita en esta idea está la concepción de que la Revolución cubana creó su propio espacio histórico, completo en sí mismo, independiente del pasado que lo precedió y sin vínculos con él. El pasado prerrevolucionario, en la medida en que se le utiliza, sirve como fuente de antecedentes y no de discernimiento, como secuencia y no sustancia. Que la Revolución en sí haya invocado la historia libre y frecuentemente parece tenerse poco en cuenta, si acaso se hace.

La «hegemonía» de la Revolución dentro de los estudios cubanos sin duda es también un reflejo del grado en que los emigrados cubanos de la primera y la segunda generación dominan esta esfera y del grado en que la mayoría de estos estudiosos han escogido disciplinas académicas que no son la historia para examinar las que deben considerarse no solo preocupaciones profesionales importantes, sino también profundamente personales. Por qué no pudo atenderse a estas necesidades a través de la historia; seguirá siendo tema de conjeturas. De inmediato vienen excepciones a la mente, por supuesto, pero en conjunto la reformulación es apremiante: el vasto cuerpo de los estudiosos cubanos emigrados se interesa en la Revolución... en las ciencias políticas, las relaciones internacionales, la sociología, la demografía, la economía, la antropología y la literatura. El período anterior a 1959 —o sea, la «historia», libremente definida— ha sido en gran medida una esfera para los estudiosos no cubanos.

Sí el estudio del pasado de Cuba se ha descuidado o ha sido poco atendido por la «cubanología», ha florecido en el contexto más amplio de la historiografía latinoamericana. El interés aumentó marcadamente después de 1959, sin duda, pero cabe también señalar que antes de la Revolución, antes de que existiese la «cubanología», ya existía un cuerpo sustancial de conocimientos académicos sobre Cuba.

La vieja literatura histórica se inclinaba a reflejar tendencias en la historiografía latinoamericana. El interés se centró en el período colonial y se examinaron básicamente temas tales como la exploración, la conquista y los primeros asentamientos.⁴ Entre otros temas muy analizados estuvieron las políticas y personalidades de la administración colonial⁵ y la rivalidad internacional en el Caribe.⁶ Aunque la mayoría de las investigaciones favorecía los temas políticos y militares, se realizaron algunos avances tempranos en historia social, incluidos exámenes de la esclavitud y la fuerza labora.⁷

Gran parte de esta investigación temprana se centró también en las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos. De hecho, la historia de las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos muy pronto se convirtió en uno de los temas dominantes de la historiografía, hasta el punto de que muchas veces Cuba parecía tener poca historia aparte de la que se derivaba de sus relaciones con los Estados Unidos.⁸

Estas publicaciones eran en realidad una extensión de la historiografía estadounidense. La investigación estaba motivada principalmente por temas y preocupaciones pertenecientes a la esfera de la historia diplomática de los Estados Unidos, con un énfasis concomitante en la formulación de políticas y el desarrollo de la diplomacia. Tal vez no pudiera haber sido de otro modo, dadas las circunstancias. Quienes investigaban eran casi todos estudiosos formados como historiadores en los Estados Unidos, y las investigaciones se basaban de modo casi exclusivo en los registros públicos y colecciones de archivo estadounidenses. Había un interés especial en 1898, período al que se llamó de la «Guerra Hispano-Americana», ocasión en que se consideraba que los Estados Unidos habían emergido como potencia mundial. Estos recuentos trataban a la insurrección cubana de 1895 como causa y contexto de la Guerra Hispano-Americana y brindaban atención sobre todo a los asuntos diplomáticos y militares, principalmente entre España y los Estados Unidos. En este plan de cosas, Cuba quedaba reducida a teatro de operaciones; la independencia cubana se representaba como resultado de la intervención, derivada enteramente de la Guerra Hispano-Americana.⁹

El año de 1898 sirvió de eje a lo largo del cual se desarrolló posteriormente la historiografía. Surgió como punto de referencia para la investigación de las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos, tanto en lo tocante a sus antecedentes durante el siglo XIX como a las consecuencias en el siglo XX. Los estudiosos del siglo XIX trataban a Cuba como un objetivo de la expansión estadounidense y un elemento de la política interna del país.¹⁰ Las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos durante el siglo XX se expresaron sobre todo en función de la política de América del Norte.¹¹

La historiografía cambió sustancialmente en consecuencia con los cambios radicales que se produjeron en Cuba después de 1959. Los sucesos ocurridos en Cuba afectaron vitalmente intereses estadounidenses en forma directa y objetiva, y la proximidad daba a estos sucesos un sentido de inmediatez y apremio.

Pero había más. Cuba estaba tan cerca, era tan conocida, desde hacía tanto tiempo, en la música, la cultura popular, los deportes; había cubanos en Tampa y en el Upper West Side, cha-cha-chá en Borsch Belt y rumba en Broadway: Machito, Pérez Prado y Chano Pozo; todos los lunes por la noche, un cubano en «I Love Lucy»; en el mundo del boxeo, todos los kids cubanos: Kid Chocolate, Kid Gavilán y Beny Kid Paret; en pelota, *Sandy* Amorós, Camilo Pascual y *Minnie* Miñoso. Había también una versión estadounidense de la historia de esta relación, la idea de que los cubanos estaban indisoluble e irrevocablemente ligados a los Estados Unidos por lazos de gratitud y obligación.

Era incomprensible que un pueblo con el cual los Estados Unidos suponían decenios de intimidad, y por cuya libertad

los estadounidenses creían haber sacrificado vida y fortuna, se volviera contra ellos. Se había dañado la psiquis estadounidense y, tal vez, en este sentido fue ciertamente «una daga en el corazón». La incredulidad cedió lugar a la consternación y luego al desconcierto. Tal vez los estadounidenses no conocieran a los cubanos tan bien como en general habían supuesto. De repente, todo lo que sabían sobre Cuba debía volverse a examinar y el nuevo examen reveló que lo que se sabía sobre Cuba era insuficiente o inútil.

La repercusión de la Revolución cubana en la historiografía tuvo largo alcance. La Revolución cambió profundamente el significado del pasado en el que se ha originado y creó la necesidad de un pasado nuevo y de formas nuevas de pensar en el pasado, formas que examinaran temas de causa y contexto, antecedentes y orígenes, fuentes y procesos. Las inquietudes sobre el tipo de sociedad a que había dado origen la Revolución no podían separarse de aquellas acerca de la naturaleza de la sociedad que la había producido.

En Cuba se invocaron nuevas versiones del pasado para promover nuevas visiones del futuro. La consolidación de la Revolución requería no solo reordenar a Cuba según se le conocía, sino también hacer una revisión de Cuba según se le recordaba. Ambos aspectos estaban vinculados a formas vitales y orgánicas. La historia se convirtió en un medio de repudiar el pasado del que procuraba liberarse la Revolución y ratificó el futuro al que la Revolución aspiraba: en la música, el cine, la literatura, pero, sobre todo, en la historiografía.

Un pasado así informado por la Revolución cobró de inmediato una nueva apariencia, una nueva función y un nuevo significado. Un programa de investigación se hizo patente y apremiante. La Revolución servía de marco de referencia a través del cual derivar una nueva comprensión del pasado y, al propio tiempo, el contexto desde donde contemplar los avances historiográficos. La investigación no podía avanzar mucho sin implicar al pasado en los orígenes de la Revolución y viceversa. La atención se centró en la opresión, la explotación, el racismo, la discriminación sexual y el imperialismo, así como en sus víctimas: los pobres, los carentes de poder y modos de expresión: esclavos, culíes, campesinos, obreros, negros, mujeres. La atención se volvió también hacia la lucha. Nuevas construcciones sociales de la resistencia ampliaron el significado de la rebelión individual y colectiva e incluyeron las revueltas de esclavos, la aparcería, el bandidismo y las huelgas. Todo esto se forjó como eslabones de una cadena más larga de acontecimientos, un proceso que se proclamó había culminado en 1959, y que posteriormente se refundió como los «cien años de lucha». Esta reformulación histórica se desarrolló en gran medida en respuesta a aspectos planteados por la Revolución, como una forma de ofrecer una construcción historiográfica coherente, aunque no siempre congruente, a través de la cual integrar pasado y presente. Y, en sus partes individuales, esta era convincente.

Ocurrió también que el reordenamiento de la historia de Cuba se produjo simultáneamente con importantes avances historiográficos acontecidos fuera del país. También en los Estados Unidos era este un tiempo de cambio. No menos significativamente, los hechos cotidianos actuaron para cambiar enfoques y evaluaciones de sucesos pasados. El movimiento de derechos civiles, la militancia racial y étnica, el movimiento feminista, Viet Nam —y la propia Revolución cubana—, hicieron surgir nuevas inquietudes sobre el pasado y esto cambió el carácter de la historiografía. Los resultados no fueron distintos de los que se producían en Cuba. La nueva investigación se centró en la opresión, el racismo, la discriminación sexual y el imperialismo, y en sus víctimas. La atención se volvió a la lucha, tanto a la individual como a la colectiva. Surgieron nuevas metodologías en respuesta a las nuevas necesidades investigativas y nuevas fuentes estimularon nuevos intereses de investigación.

Esos acontecimientos coincidieron y convergieron, y, posteriormente, procedieron a influirse mutuamente y a conformar de otros modos, en forma decisiva, el curso de la investigación sobre Cuba. La nueva historiografía difería de

las obras publicadas anteriormente en varios aspectos de importancia. Se expandió con rapidez, en muchas direcciones a un tiempo, y poco después mostraba una mayor diversidad, mayor amplitud y mayor profundidad, lo que se debía parcialmente a innovaciones metodológicas, un tanto al uso de nuevas categorías analíticas y en parte a un mayor acceso a una variedad más amplia de materiales de investigación —entre ellos mejores sistemas de almacenamiento y recuperación de la información, amplias colecciones de microfilmes y una vasta gama de ayudas bibliográficas.¹² Los investigadores disfrutaron de acceso a colecciones de manuscritos y registros de archivo con los que estudiosos precedentes solo podían haber soñado. Entre los materiales de investigación de que ahora disponían, estaban vastas colecciones de documentos personales y familiares, registros de empresas y archivos oficiales.¹³

Se produjeron varios fenómenos historiográficos dignos de mención. Hubo una marcada disminución de los estudios sobre el período colonial, que en un tiempo constituían el grueso de las publicaciones, con su tradicional énfasis en asuntos políticos, militares y administrativos.¹⁴ Este cambio refleja más una disminución del interés en la política y la administración en general que un declinar en la investigación del período colonial cubano en sí. De hecho, avances historiográficos recientes han reducido la utilidad de las determinantes políticas tradicionales de los esquemas de periodización. Hechos que en un tiempo sirvieron para diferenciar al régimen colonial de la República parecen hoy menos relevantes que las circunstancias que se solapan en ambos o que persisten sin cambio de un período a otro; o que, vistos desde otro ángulo, no parecen afectados por los convencionalismos de la periodización. Hoy se presta atención a las fuerzas de continuidad, al proceso de cambio lento o a la ausencia de cambio. Sin duda esto es cierto en las vidas de la gente común, cuya existencia cotidiana solió verse poco afectada, si acaso lo fue en algo, por las demarcaciones tradicionales que historiadores anteriores proclamaban como decisivas y definitivas.¹⁵

Esto es lo que interesa a la nueva historia social, y la historiografía de Cuba aprovechó bien estos aportes. Gran parte del ímpetu de la historiografía revisionista, sin duda, no provino del contexto cubano. La nueva historia social empleaba programas, construcciones sociales y metodologías elaboradas en gran medida fuera del entorno histórico cubano. No deja de ser cierto, sin embargo, que estos enfoques encontraron aplicación fructífera en el pasado cubano y en el desarrollo de la historiografía. La resistencia y la lucha adquirieron un nuevo significado; las acciones y conductas disidentes asumieron un renovado propósito. Se le otorgó nuevo significado al bandidismo; las prácticas ilegales de fines del siglo XIX y principios del XX se asumieron como una forma de protesta prepolítica contra el capitalismo y de resistencia política al colonialismo.¹⁶ Los problemas raciales, clasistas y relativos al sexo se desarrollaron en apremiante yuxtaposición y se convirtieron en temas de prominencia historiográfica.¹⁷

Estos temas han encontrado diversidad de expresiones, pero tal vez en ninguno el efecto fuera mayor que en los estudios sobre la esclavitud. Esta investigación, que se basa en un amplio uso de materiales de archivo ubicados en España, los Estados Unidos y Cuba, así como en documentos personales y familiares y de archivos provinciales y municipales, ha dado origen a ricas y diversas publicaciones.¹⁸

Al propio tiempo, los estudios sobre la esclavitud son parte de una anomalía persistente en la historiografía cubana. En gran medida, la investigación se conformó en respuesta a necesidades de la historiografía estadounidense, o se derivó de ellas, y en esta había mayor interés en la experiencia afroamericana que en la afrocubana. Los estudios emprendidos en los Estados Unidos sobre la esclavitud con posterioridad a los decenios del cincuenta y del sesenta avanzaron a lo largo de dos líneas de investigación paralelas: una nacional y otra comparativa. La investigación sobre la esclavitud en Cuba se desarrolló en gran medida en un contexto comparativo y se formuló de forma tal que atendiera a los temas emanados de la experiencia estadounidense.¹⁹ El subtexto de esta literatura es al menos tan importante como el tema y ha solido servir para

determinar el marco historiográfico en el que cobra significado la esclavitud en Cuba. Los estudios sobre la esclavitud en Cuba tienden a funcionar como una extensión de la historiografía estadounidense, destinados a complementar por otros medios las necesidades de investigación de América del Norte.

La investigación sobre la esclavitud estuvo acompañada de un mayor interés general por la raza y las relaciones raciales, con atención especial a las postrimerías del siglo XIX y principios del XX. La investigación sobre el siglo XIX se centró en las relaciones raciales durante la colonia, la transición a la emancipación y la raza como factor en la lucha por la independencia.²⁰ Los temas del siglo XX examinaron las relaciones raciales a inicios de la República, con atención especial a la organización del Partido Independiente de Color y a la guerra racial de 1912.²¹

El tema de la raza en la Cuba del siglo XX ha sido soslayado por la historiografía. La investigación se ha centrado principalmente en los inicios de la República y no del todo sin justificación. Estos fueron años en los que el problema de la raza gravitaba sobre la República, donde las tensiones sociales asumieron una forma política explícita y una expresión colectiva, y el conflicto racial hizo erupción en una guerra racial. Después de 1912, sin embargo, de repente y sin huellas evidentes, la raza como tema político pareció desaparecer como elemento en el discurso nacional. De modo similar, el tema de la raza llega casi a desaparecer de los textos históricos.

Durante los últimos decenios de la colonia y el primero de la República, la cuestión racial ocupó un lugar de importancia capital en todas las estrategias políticas, no tanto para los blancos como para los negros, y de una forma u otra sirvió como elemento de movilización. La política funcionó como el medio principal de resolver los problemas de la desigualdad racial, primero en siglo XIX, a través del Partido Revolucionario Cubano, y luego, en el XX, con el Partido Independiente de Color. El que después de 1912 estas reivindicaciones raciales no se expresaran en los foros políticos ni se resolvieran por tales medios, constituyen hechos notables. La violencia de 1912 asumió plenamente las dimensiones de un trauma colectivo para los incontables miles de cubanos de color, para quienes la promesa de la independencia y la instauración de la República entrañaban de hecho un compromiso para el logro de la igualdad racial y la justicia social. Los sucesos de 1912 pusieron de manifiesto los límites de la tolerancia blanca en lo tocante a la raza como tema político y evidenciaron la ineficacia de procurar la solución de las injusticias raciales por medios políticos, lo que significó, en resumen, el final de la política basada en la cuestión racial.

No es razonable suponer, sin embargo, que el final de la política basada en la cuestión racial entrañara el final de los problemas raciales. Es más probable que los cubanos de color recurrieran a otros medios para procurar movilidad y movilización, tanto individual como colectiva, en los que el problema de la raza se silenciara o se opacara en otras manifestaciones. La ausencia de la cuestión racial como tema en la historiografía de la Cuba posterior a 1912 indica la necesidad de nuevas formas de enfocar las relaciones raciales en Cuba. La presencia desproporcionada de cubanos de color en la música, los sindicatos y el Partido Comunista, por ejemplo, brinda sugerentes pruebas *prima facie* de que la política basada en la cuestión racial sin duda había encontrado nuevas expresiones.

Los avances historiográficos en el contexto de la Revolución cubana recorrieron otros caminos para redefinir la relación entre el pasado y el presente. Se otorgó una nueva importancia a hechos y personas que antes se percibían de forma oscura o poco relevante. Las nuevas circunstancias requerían de reformulaciones e interpretaciones nuevas. Después de 1959, prácticamente todo lo que se conocía sobre la Cuba anterior a 1959 cobró un nuevo significado. El «valor» de los hechos se revisó, se examinaron nuevamente las causas y la esfera del significado histórico se sometió a una reevaluación. La construcción cambió consecuentemente, en matices y en contenido, y asumió mayor o menor importancia según los avances historiográficos bosquejaban nuevos modelos e interpretaciones del pasado de Cuba.

En todo esto hubo una búsqueda de contexto y comprensión. El pasado debía reelaborarse para proporcionar, de alguna forma, una explicación a lo ocurrido en 1959. Claramente, la Revolución no surgió de la nada. Gran parte de la historiografía se dejó llevar por la idea de que en algún lugar en el pasado aún no revelado de Cuba, los gérmenes del cambio revolucionario esperaban ser descubiertos.²² En gran medida, y de maneras no siempre plenamente explícitas, buena parte de la historiografía procedió de la suposición apriorística de la historicidad esencial de la Revolución, de que por mucho que la Revolución pareciera significar cambio y ruptura, en muchos otros sentidos, y, tal vez por manifestaciones más importantes, era al propio tiempo continuidad y síntesis. Hay abundantes estudios en los que se tratan estos temas, sobre todo los antecedentes de la Revolución.²³

El «peso» que se les asigna a los antecedentes de la Revolución ha estado influido inevitablemente por las actitudes hacia la Revolución. Los críticos señalan los fracasos de dirigentes anteriores, la falta de probidad personal y la incompetencia política, la mala gestión gubernamental, la venalidad oficial, las oportunidades perdidas; cosas todas que, en resumen, pudieran haber dado origen a otros resultados. Los defensores de la Revolución subrayan las conquistas de las masas, el sacrificio personal y las aspiraciones populares, las victorias colectivas y las oportunidades negadas, cosas todas que servían para hacer improbables otros resultados. Se trata de puntos de vista muy dispares en cuanto a un mismo fenómeno histórico, por supuesto, pero ahí radica la diferencia: del grado en que la Revolución influye en el enfoque, el énfasis, el equilibrio y el juicio.

En ningún lugar se destacan tanto estos problemas como en el tratamiento que se dé a los acontecimientos de 1933. Se atribuyeron nuevas consecuencias a viejos acontecimientos y el año 1933 se percibió como el momento en que se liberaron las fuerzas que impelieron a Cuba de cabeza hacia lo que sucedió en 1959. Las interpretaciones historiográficas actuales de lo ocurrido en 1933 proponen una sugestiva secuencia causal: la política estadounidense y, posteriormente, el ascenso de Batista al poder, frustran un gobierno reformista y crean con ello las condiciones para que acontezca 1959.

El nexo entre 1933 y 1959 tiene varios componentes. Primeramente, 1933 se percibe como un proceso interrumpido, con su lógica propia, pero subvertido por una combinación de circunstancias a un tiempo inoportunas y solapadas. Ese año se presenta indistintamente como la «revolución inconclusa», la «revolución frustrada», la «revolución trunca».²⁴ La conclusión se extrae de forma implícita: 1959 representó tanto la continuidad con 1933 como su culminación. Samuel Farber sugiere que el fracaso de 1933 creó «en la mayoría de los cubanos» un «sentimiento de frustración y malestar» acompañado por «expectativas no realizadas» y «cínica desilusión». Las condiciones de 1933, continúa, «pudieron, en circunstancias apropiadas, transformarse en un ferviente anhelo de un nuevo intento revolucionario».²⁵ Donald Bray y Timothy Harding escriben que «las aspiraciones no realizadas de 1933 contribuyeron a generar la Revolución de 1959».²⁶

La historiografía ha establecido otros vínculos causales. Para Luis Aguilar, los sucesos de 1933 «crearon una crisis nacional y produjeron una situación que pudo ser explotada favorablemente por cualquiera capaz de enfrentarla», conformando así «el momento histórico en que apareció Castro». En otro momento: «La sociedad cubana que Castro fundó en 1959 se forjó básicamente con las fuerzas surgidas del episodio de 1933 y desarrolladas en él».²⁷ Jules Benjamin aduce que 1933 contribuyó a una crisis de legitimidad y creó, a su vez, «un vacío ideológico que sirvió como precondition importante para la victoria decisiva de una nueva generación de nacionalistas radicales en el decenio de 1960 y para su posterior alianza intelectual con el socialismo».²⁸

El papel de los Estados Unidos al «frustrar» las aspiraciones cubanas en 1933, por una parte, y el vínculo entre la «revolución frustrada» y la posterior Revolución triunfante, por la otra, figuran también prominentemente en las publicaciones históricas. Federico Gil aduce que en Cuba los sucesos «hubieran tomado un curso distinto si en aquel

momento los Estados Unidos hubieran favorecido los cambios económicos y sociales que se necesitaban».²⁹ Ramón Ruiz indica que al hacer imposible la reforma, la política estadounidense hizo inevitable la revolución.³⁰ La oposición estadounidense al gobierno provisional en 1933, insiste Hugh Thomas, «sentó las bases para la futura oposición radical a los Estados Unidos».³¹

Se sugiere además que estas circunstancias no solo crearon las condiciones para la revolución, sino también determinaron su propio carácter. Jaime Suchlicki afirma que el fracaso de 1933 convenció a muchos cubanos de que «a Cuba le sería casi imposible lograr cambios estructurales profundos si mantenía una actitud amistosa hacia los Estados Unidos». ¿Y la moraleja? «Solo una revolución que se opusiera a los Estados Unidos y destruyera el ejército podría lograr resultados positivos en Cuba».³² Edward González llega a conclusiones sustancialmente similares por vías diferentes. Lejos de inducir moderación a los fidelistas, los sucesos de 1933 tuvieron el efecto opuesto; los radicalizaron. Afirma: «El régimen fidelista probablemente concluyó que solo podía escapar de la esfera de dominio de los Estados Unidos procurando vínculos de apoyo con el bloque soviético».³³

Por la facilidad con que parecen funcionar estas especulaciones interesadas en cuanto a esos vínculos, es que se hacen aún más atrayentes. De hecho, los argumentos, tal como se les formula, son insostenibles. Las interpretaciones están más conformadas por actitudes hacia la Revolución que por argumentos derivados de pruebas, presentados principalmente, pero no de modo exclusivo, por estudiosos hostiles en diversos grados a la Revolución. Cuba aparece como la víctima de fuerzas puestas en funcionamiento decenios antes y cuyos resultados no se podían controlar ni prever. Se indica una concepción implícita de responsabilidad, de oportunidad perdida, atribuida indistintamente a personas y políticas del decenio de 1930. Las explicaciones se matizan con una sensación de melancolía, un sentimiento de pérdida por lo que hubiera podido ser y por la forma diferente en que, tal vez, pudieron haberse resuelto las cosas. El problema de los enfoques actuales de 1933 radica en proponer vínculos improbables dentro de una periodización dudosa. Los sucesos de 1933 tienden a tratarse —y, por tanto, a derivar su significado—, totalmente a la luz de lo que ocurrió después. Pudiera también aducirse que 1933 tiene más que ver con el principio del decenio de 1920 que con el final del decenio del cincuenta.

A propósito, y simplemente a manera de contraste, los vínculos entre 1933 y 1959 no toman exactamente la misma forma en la historiografía reciente que se desarrolla en Cuba. Se buscan los antecedentes más en 1895 que en 1933, con mayor énfasis en una visión radical de la *patria* que en una versión reformista de la República. La afinidad con este período se formula típicamente en función de «la revolución del treinta», en la que los acontecimientos políticos se subordinan a las fuerzas sociales, expresadas principalmente en forma de movilizaciones masivas, huelgas laborales y manifestaciones estudiantiles. Ramón Grau San Martín es menos importante que Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena y Antonio Guiteras, y la reforma fallida de 1933 tiene menos que ver con 1959 que los éxitos revolucionarios del decenio de 1930.

Gran parte de la nueva investigación también ha regresado a viejos temas, muchas veces con resultados significativamente distintos, en ocasiones con una reafirmación de las interpretaciones tradicionales. La investigación sobre el siglo XIX se ha centrado en los temas del desarrollo económico y la independencia. En el siglo XIX la economía cubana se transformó al aumentar la producción azucarera y disminuir los mercados. Fueron estos decenios en los que Cuba se dirigía inexorablemente a la producción de un bien de consumo para un comprador, con consecuencias económicas e implicaciones políticas de largo alcance. La investigación reciente no ha alterado sustancialmente concepciones ya arraigadas sobre estos sucesos y sus efectos. Por el contrario, los estudios han proporcionado nuevos datos y una visión más amplia sobre el desarrollo de las estructuras capitalistas dependientes en Cuba.³⁴

La investigación sobre la independencia se ha concentrado principalmente en el período posterior a 1878, con énfasis en

el levantamiento de 1895 y en la intervención de 1898.³⁵ Se sigue haciendo caso omiso, prácticamente, de la Guerra de los Diez Años.

Gran parte de la literatura se caracteriza por el debate y no todos los temas son historiográficos. Los sucesos que van desde 1895 a 1898 se presentan como fuente de agravios que los cubanos procuraban reparar o como una deuda de gratitud por la que los estadounidenses exigían reconocimiento. La investigación derivada de tradiciones historiográficas cubanas, con utilización de materiales de investigación cubanos, presenta a los Estados Unidos como hostiles a la libertad de Cuba, interviniendo, en 1898, para frustrar la independencia del país.³⁶ Los estudios con antecedentes en la historiografía estadounidense, basados en gran medida en registros estadounidenses, presentan a los Estados Unidos generalmente a favor de la independencia de Cuba e interviniendo en ayuda de la causa cubana.³⁷

El tratamiento de la ocupación militar (1899 a 1902) constituye una continuación del mismo debate: que la ocupación abrió la Isla a la penetración del capital estadounidense y sirvió de medio para crear la infraestructura institucional de la hegemonía de los Estados Unidos, de una parte,³⁸ o que revivió una economía deshecha y estableció instituciones democráticas, de la otra.³⁹

La investigación sobre temas de la independencia también fomentó un interés especial en José Martí, tanto en forma de biografías como de estudios críticos. De hecho, Martí se ha convertido en una verdadera industria historiográfica. Su importancia en la formación de la nacionalidad y la lucha por la patria no se impugna en ninguna parte, consenso por demás notable y singular en las publicaciones históricas.⁴⁰

Pero este consenso no deja de ser controvertido y la controversia en ocasiones asume plenamente las proporciones de polémica. Que Martí representa el ejemplo más elevado de virtud patriótica y moralidad política es indisputable. El debate más bien gira en torno al significado ideológico de virtud y moralidad y de quiénes constituyen en la actualidad el mejor ejemplo de los ideales de Martí, los defensores de la Revolución o sus detractores. Martí se ha convertido en metáfora y microcosmos de la pasión que rodea a la Revolución cubana, y se ha hecho cada vez más difícil contemplarlo en cualquier otro contexto. La disputa se centra en torno al grado en que Martí sirve para legitimar un lado u otro e inevitablemente, las diferencias de grado se hacen lo suficientemente grandes como para constituir distinciones en especie.⁴¹

El interés en Martí ha convergido con la investigación sobre la comunidad expatriada cubana del siglo XIX, sobre los 100 000 cubanos de todas las clases, blancos y negros, hombres y mujeres, que emigraron a Europa y a América Latina, pero sobre todo a los Estados Unidos. En las publicaciones se han puesto de manifiesto dos tendencias, cada una de las cuales examina la forma y función de la expatriación desde perspectivas diferentes. En una de ellas, se trata a los cubanos como exiliados, cuya expatriación es una función de la liberación nacional; su consecución sirve para definir el carácter intrínseco de la comunidad expatriada. Los cubanos actúan como agentes de la independencia dentro de un contexto de la historia cubana, de la cual derivan un propósito y un significado.⁴² En la segunda, se presenta a los cubanos como inmigrantes, absorbidos principalmente en el proceso de ajuste a su nueva patria. En este caso, la presencia cubana adquiere un propósito y un significado en el contexto de la experiencia de los inmigrantes en la historia de los Estados Unidos.⁴³

No se trata, por supuesto, de construcciones mutuamente excluyentes y, de hecho, las pruebas indican que los cubanos en realidad ocuparon dos mundos: los residentes en los Estados Unidos siguieron participando en los asuntos que se desarrollaban en Cuba. Esta condición presenta atractivas posibilidades investigativas que indican la necesidad de desarrollar un nuevo enfoque a través del cual pueda integrarse la experiencia en un solo marco historiográfico coherente.

La investigación sobre las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos, un elemento central de la historiografía

estadounidense, aumentó y se diversificó después de 1959. En parte esto fue el reflejo de un interés renovado en la historia diplomática de los Estados Unidos, estimulado en cierta forma por el conflicto bilateral.⁴⁴ Las reseñas sobre las relaciones bilaterales se pusieron muy en boga y muchos temas viejos reaparecían con nuevas formas.⁴⁵ El énfasis en el período colonial se mantuvo en los aspectos políticos y comerciales.⁴⁶ La investigación sobre los decenios de la independencia continuaba centrada casi exclusivamente en la intervención de 1898 y la posterior ocupación.⁴⁷ Las publicaciones relacionadas con la República bajo la Enmienda Platt (1902-1934) versaban sobre la diplomacia y las relaciones económicas.⁴⁸ El tratamiento de los años comprendidos entre 1934 y 1958 tendió a recalcar a 1933 como desenlace y a 1959 como preludio; todo lo demás, en gran medida, se ha pasado por alto.⁴⁹ La investigación histórica de las relaciones posteriores a 1959 se concentró casi exclusivamente en 1959-1961, después de lo cual las huestes de los historiadores se debilitan, y se engrosan las de los especialistas en ciencias políticas.⁵⁰

Puede que ningún aspecto de la historiografía haya permanecido tan inalterable como los estudios sobre las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos. La investigación continúa descansando en gran medida en materiales de archivo de los Estados Unidos y la realizan sobre todo estudiosos formados como historiadores de los Estados Unidos para los que las relaciones con Cuba representan un subcampo de la historia diplomática. Los avances metodológicos han sido pocos y han carecido de efecto mensurable en lo tocante al enfoque, la interpretación y las fuentes.

Estas condiciones se deben en gran medida a la naturaleza del género en sí, y específicamente a la manera en que las convenciones historiográficas tradicionales sirven para enmarcar la encuesta, el carácter de las fuentes que se emplean y, de hecho, los propios medios en virtud de los cuales se han definido las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos. El énfasis sigue estando en la política y las personalidades, en la diplomacia y las relaciones políticas entre los gobiernos, en el comercio y los tratados y en la miríada de facetas que participan en el desarrollo oficial de las relaciones exteriores.

Pero centrarse en lo oficial suele servir para oscurecer lo real, y en este caso lo real tiene que ver con la forma en que las relaciones de las personas influyen en las formas culturales, las necesidades psicológicas, las responsabilidades políticas, las estructuras sociales y las relaciones económicas privadas y públicas, individuales y colectivas, y con cómo todo lo anterior se combina para conformar el curso de la historia nacional e influir sobre ella. No es posible estudiar a Cuba mucho tiempo sin tener que enfrentar la evidencia y el efecto de las «relaciones» con los Estados Unidos. Este enfrentamiento crea un conjunto de problemas historiográficos singulares, ya que la historia nacional de Cuba suele fundirse indisolublemente con las relaciones internacionales. En algunos casos, estas relaciones lo abarcaron todo. Dentro del contexto cubano, el tema de las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos es bastante más que un subcampo; es, de hecho, el elemento del cual se deriva y cobra significado una forma importante de comprender la experiencia cubana.

Es en este sentido que gran parte de las publicaciones históricas existentes sobre las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos no atiende algunos de los temas fundamentales sobre la naturaleza de este vínculo. El énfasis historiográfico convencional en las relaciones entre los estados, incluso cuando se sitúan dentro de un marco hegemónico, no nos dice mucho sobre el contenido de estas relaciones ni sobre las consecuencias inmediatas o a largo plazo. La propia expresión «relaciones entre Cuba y los Estados Unidos», según se le emplea actualmente, es de uso limitado, cuando no completamente inútil.

Se han realizado notables avances en la esfera más tradicional de la historia política, con centro en la acción recíproca de factores tales como los partidos políticos y las fuerzas armadas, la ideología y el pragmatismo, los intereses de clase y el nacionalismo, para nombrar solo los más evidentes. La mayoría de las reseñas generales han enfocado el pasado de Cuba, con desiguales resultados, principalmente a través de estos temas.⁵¹ Al aumentar la cantidad y diversidad de los materiales

de investigación y mejorar los avances metodológicos, estos temas han recibido una creciente atención individual y especializada. El conjunto se examinó a través de sus partes, a través del aparato militar,⁵² los estudiantes,⁵³ los partidos políticos.⁵⁴

La historia política también ha sido el principal acercamiento al decenio de 1950 y los años subsiguientes, con efecto limitado y resultados desiguales. Los historiadores no han estado muy dispuestos a avanzar demasiado ni con mucha rapidez en el dominio de la Revolución. Los más intrépidos del grupo resultaron ser los historiadores políticos, quienes, empleando principalmente la narración y la descripción, fueron de los primeros en explorar la *terra incógnita* del pasado más reciente. Estas publicaciones tienden a concentrarse en la lucha revolucionaria del decenio de 1950,⁵⁵ y en biografías de Fidel Castro.⁵⁶ La investigación del período posterior a 1959 no suele pasar de 1961 y casi toda asume la forma de historia de la diplomacia. Después de 1961, los historiadores ceden su lugar a los expertos en ciencias políticas, los sociólogos, los economistas y los antropólogos: los cubanólogos. La anomalía resultante es sorprendente: para los cubanólogos, la historia no existe antes de 1959; para los historiadores, después de 1959 no hay historia.

En Cuba la investigación histórica avanzó lentamente antes de la Revolución y en forma espectacular después. Esto fue en gran medida un reconocimiento de que el proceso de cambio radical tomó de fuentes históricas y fue histórico en sí mismo. La Revolución sirvió de punto de partida y de punto de destino y entre ambos favoreció la aparición de obras de una enorme vitalidad y originalidad.

Que se ampliara tanto la investigación como función de la Revolución no podía sino influir en la historiografía de forma decisiva y notable. La investigación de los antecedentes de la Revolución, formulados en gran medida en función de causa y contexto, influyó en el desarrollo y contenido de estos estudios. Muchas veces de forma explícita y evidente, y muchas otras no, gran parte de la investigación posterior a 1959 sobre el pasado de Cuba ha procurado atender directamente temas planteados por la Revolución.

Estos enfoques también han estado influidos por acontecimientos historiográficos que se han producido fuera de Cuba. De hecho, la investigación ha solido adaptarse indebidamente a las necesidades historiográficas estadounidenses, y ha operado una suerte de dinámica hegemónica para determinar los tipos de construcciones historiográficas utilizados para investigar sobre Cuba... todo esto indicio de subdesarrollo, que persiste dentro de las propias formulaciones que se utilizan para reconstruir sus orígenes y consecuencias en Cuba.

A pesar de todos los notables logros historiográficos, queda mucho por hacer. La investigación debe procurar en el futuro integrar preocupaciones historiográficas cubanas, pasadas y presentes, en forma más plena y coherente. Existen, por supuesto, obstáculos evidentes y en ocasiones insuperables. Los viajes a Cuba, el acceso a sus archivos y el contacto con los colegas cubanos continúan estando sujetos a limitaciones que escapan al control de los estudiosos de ambos lados del Estrecho de la Florida. Pero periódicamente suelen presentarse oportunidades, durante períodos variables, y debe hacerse uso de ellas cuando se ofrecen.

Otros temas merecen atención. Quedan sin explorar en gran medida importantes aspectos del pasado de Cuba. Entre ellos están la Guerra de los Diez Años y los de la mujer y la cuestión racial. Algunos períodos necesitan mayor atención: el siglo XVIII, el período anterior al Zanjón, los decenios de 1940 y 1950 y los años posteriores a 1959. Es necesario pensar históricamente en la Revolución, a fin de desarrollar una perspectiva sobre un proceso que es a un tiempo producto y prisma del pasado.

Notas

1. Andrew Zimbalist, «Cuban Political Economy and Cubanology: An Overview», en Andrew Zimbalist, ed., *Cuban Political Economy. Controversies in Cubanology*, Boulder, Westview, 1988: 1-15.
2. José Luis Rodríguez, «The Antecedents and Theoretical Characteristics of Cubanology», *Ibid.*, 29.
3. Nelson P. Valdés, «Revolution and Paradigms: A Critical Assessment of Cuban Studies», *Ibid.*: 182.
4. Véase José M. Pérez Cabrera, «The Circumnavigation of Cuba by Ocampo: When Did It Take Place?», *Hispanic American Historical Review*, 18, febrero, 1938: 101-9; Irene A. Wright, «The Beginnings of Havana», *Hispanic American Historical Review*, 5, agosto, 1922: 498-503; *The Early History of Cuba, 1492-1586*, Nueva York, Macmillan, 1916, y *Santiago de Cuba and its District (1617-1640)*, Madrid; F. Peña Cruz, 1918.
5. Duvon C. Corbitt, «Mercedes' and 'Reallengos'; A Survey of the Public Land System in Cuba», *Hispanic American Historical Review*, 19, agosto, 1939; 262-55, y «A Petition for the Continuation of O'Donnell as Captain General of Cuba», *Hispanic American Historical Review*, 16, noviembre, 1936, 537-43; William W. Pierson, Jr., «Francisco Arango y Parreño», *Hispanic American Historical Review*, 16, noviembre, 1936: 451-78.
6. Irene A. Wright, «Rescates: With Special Reference to Cuba, 1519-1610», *Hispanic American Historical Review*, 3, agosto, 1920: 33-61, y «The Dutch in Cuba, 1609-1643», *Hispanic American Historical Review*, 4, noviembre, 1921: 597-634; Francis Russell Hart, *The Siege of Havana, 1762*, Boston, Houghton Mifflin, 1931; James M. Callahan, «Cuba and Angloamerican Relations», en American Historical Association, *Annual Report for 1897*, Washington, DC, 1898: 193-215.
7. Véase Hubert H. S. Aimes, *A History of Slavery in Cuba, 1511-1868*, Nueva York, Putnam, 1907, y «The Transition from Slave to Free Labor in Cuba», *Yale Review*, 15, mayo, 1906; 65-114; Duvon C. Corbitt, «Immigration in Cuba», *Hispanic American Historical Review*, 22, mayo, 1942: 280-308; C. Stanley Urban, «The Africanization of Cuba Scare, 1853-1855», *Hispanic American Historical Review*, 37, febrero, 1957: 27-45; Charles Albert Page, «The Development of Organized Labor in Cuba», [tesis doctoral], Berkeley; Universidad de California, 1952.
8. Véase, por ejemplo, Charles E. Chapman, *A History of the Cuban Republic*, Nueva York: Macmillan, 1927.
9. Entre los estudios más conocidos están los de Julius W. Pratt, *Expansionists of 1898*, Baltimore, Johns Hopkins University Press. 1936; Walter Millis, *The Martial Spirit: A Study of Our War with Spain*, Boston; Hough Mifflin, 1931; Andrew S. Draper, *The Rescue of Cuba*, Nueva York, Silver-Burden, 1899; Frank Freide, *The Splendid Little War*, Boston, Little-Brown, 1958; Marcus M. Wilkerson, *Public Opinion and the Spanish-American War*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1932; Joseph E. Wisan. *The Cuban Crisis as Reflected in the New York Press. 1895-1898*, Nueva York: Columbia University Press, 1934; French E. Chadwick, *The Relations of the United States and Spain: The Spanish-American War*, 2 vol., Nueva York, Scribner, 1911; James M. Callahan, *Cuban and International Relations: A Historical Study in American Diplomacy*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1899; George W. Auxier, «The Propaganda Activities of the Cuban Junta in Precipitating the Spanish American War, 1895-1898». *Hispanic American Historical Review*, 19, agosto, 1939; 286-309. Las relaciones diplomáticas entre los Estados Unidos y Europa se examinan en Louis Martin Sears, «French Opinion of the Spanish-American War», *Hispanic American Historical Review*, 7, febrero. 1927, 25-44; R. G. Neale, «British-American Relations during: the Spanish-American War: Some Problems», *Historical Studies*, 6, noviembre, 1953, 72-89; L. B. Shippee, «Germany and the Spanish-American War», *American Historical Review*, 30, julio, 1925, 754-77.
10. Véase Anderson C. Quisenberry, *López's Expedition to Cuba, 1850 and 1851*, Louisville, Morton, 1906; R. G.

Caldwell, *The López Expedition to Cuba, 1848-1851*, Princeton, Princeton University Press, 1915; A. A. Ettinger, *The Mission to Spain of Pierre Soule, 1853-1855: A Study in the Cuban Diplomacy of the United States*, New Haven, Yale University Press, 1948; G. B. Henderson, «Southern Designs on Cuba, 1854-1857, and Some European Opinions», *Journal of Southern History*, 5, 1939, 371-85.

11. Entre las reseñas generales se incluyen las de Russell H. Fitzgibbon, *Cuba and the United States, 1900-1915*, Menasha, George Banta, 1935, y Leland H. Jenks, *Our Cuba Colony*, Nueva York, Vanguard, 1928. Entre los estudios especializados se cuentan: David A. Lockmiller, *Magoon in Cuba: A History of the Second Intervention, 1906-1909*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1938; Leo J. Meyer, «The United States and the Cuban Revolution of 1917», *Hispanic American Historical Review*, 10, febrero, 1930, 138-66; Janet D. Frost, «Cuban-American Relations Concerning the Isle of Pines», *Hispanic American Historical Review*, 11, agosto, 1931, 336-50.

12. Las guías bibliográficas se han multiplicado prodigiosamente e incluyen: Nelson P. Valdés, «A Bibliography on Cuban Women in the Twentieth Century», *Cuban Studies Newsletter*, 4, junio, 1974, 1-31; David S. Zubatsky, «United States Doctoral Dissertations on Cuban Studies in the Twentieth Century», *Cuban Studies Newsletter*, 4, Junio, 1974, 35-55; Nelson P. Valdés y Edwin Lieuwen, *Revolutionary Cuba: A Research Guide. 1959-1970*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1971; Louis A. Pérez, Jr., *The Cuban Revolutionary War, 1953-1958: A Bibliography*, Metuchen, Scarecrow, 1976; Louis A. Pérez, Jr., *Cuba: An Annotated Bibliography*, Westport, Greenwood, 1988, Fermín Peraza Sarausa, *Revolutionary Cuba: A Bibliographic Guide*, Coral Gables, University of Miami Press, 1966-1968; Ronald H. Chilcote, ed., *Cuba, 1953-1978. A Bibliographical Guide to the Literature*, White Plaim, Kraus, 1986. Al mismo tiempo, guías sobre la ubicación y tenencia de materiales de investigación han identificado algunos de los más importantes depósitos de registros. Para una guía representativa, véase Bernard Naylor, «Resources in the United Kingdom for the Study of Cuba, Especially since 1868», en Earl J. Pariseau, ed., *Cuba Acquisitions and Bibliography*, Washington, DC, Library of the Congress, 1970; 98-128. También se incluyen en esta lista Juan Martínez-Alier y José Ramón Barracada de Ramos, «Resources in Spain for the Study of Cuba since 1868», 128-50; Hans Pohl y Georgette M. Dorn, «Resources in Germany for the Study of Cuba since 1868», 151-64, «Cuba: A Guide to Resources in the Library of Congress», 17-90. Véase también Carl Van Ness, «The Braga Brothers: Collection at the University of Florida», *Latin American Research Review*, 21, 1986, 142-8; Louis A. Pérez Jr., «Cuba Materials in the Bureau of Insular Affairs Library», *Latin American Research Review*, 13, 1978, 182-8; Lisandro Pérez, «The Holdings of the Library of Congress on the Population of Cuba», *Cuban Studies / Estudios Cubanos*, 13, invierno. 1983, 69-76.

13. Publicados con treinta años de diferencia, los dos clásicos recuentos estadounidenses de la segunda intervención (1906-1909) —David A. Lockmiller, *Magoon in Cuba. A History of the Second Intervention, 1906-1909*, y Allan Reed Millett, *The Politics of Intervention: The Military Occupation of Cuba, 1906-1909*, Columbus, Ohio State University Press, 1968— se basaron en diversos tipos de manuscritos y materiales de archivo. Lockmiller se limitó a utilizar documentos de Theodore Roosevelt, Elihu Root y William H. Taft, e hizo un uso restringido de los documentos de Enoch Crowder. Lockmiller, en 1938, reconoció: «Muchos archivos oficiales del período de la segunda intervención todavía no están abiertos para los investigadores». Treinta años después, Millett tuvo acceso a los mismos documentos de Roosevelt, Root y Taft y uso pleno de la colección Crowder. También tuvo a su disposición los registros completos del gobierno provisional estadounidense (1906-1909) y de registros pertinentes del Departamento de Estado, el Departamento de Guerra, la Junta de Asuntos Insulares, la Oficina del General Adjunto, el Departamento de Marina y la Oficina del Inspector General. Millett tuvo acceso también a los documentos personales y familiares de los principales participantes en la segunda intervención.

14. Entre algunas notables excepciones se cuentan Allen J. Kuethe, *Cuba, 1753-1815; Crown, Military and Society*, Knoxville, University of Tennessee Press, 1986; John Robert McNeill, *Atlantic Empires of France and Spain: Louisburg and Havana, 1700-1763*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1985; Larry R. Jensen, *Children of Colonial Despotism. Press, Politics and Culture, 1790-1840*, Gainesville, University Presses of Florida, 1988; Isabela Macías Domínguez, *Cuba en la primera mitad del siglo XVII*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1978; Nicasio Silverio Saíenz, *Cuba y la casa de Austria*, Miami, Ediciones Universales, 1972; Allen J. Kuethe, «The Development of the Cuban Military as a Socio-Political Elite, 1763-1783», *Hispanic American Historical Review*, 41, noviembre, 1981, 695-704; Allen J. Kuethe, «Guns, Subsidies, and Commercial Privileges: Some Historical Factors in the Emergence of the Cuban National Character, 1763-1815», *Cuban Studies / Estudios Cubanos*, 16, 1986, 123-38.

15. Este es uno de los factores en que se basa el interés por la historia de transmisión oral. Entre las más útiles historias orales están los tres volúmenes preparados por Oscar Lewis, Ruth M. Lewis y Susan M. Rigdon: *Living the Revolution. An Oral History of Contemporary Cuba: Four Women*, Urbana, University of Illinois Press, 1977; *Living the Revolution. An Oral History of Contemporary Cuba: Four Men*, Urbana, University of Illinois Press, 1977; y *Living the Revolution. An Oral History of Contemporary Cuba: Neighbors*, Urbana, University of Illinois Press, 1978.

16. Louis A. Pérez, Jr., «Vagrants, Beggars, and Bandits: Social Origins of Cuban Separatism, 1878-1895», *American Historical Review*, 40, diciembre, 1985, 1092-121; María Poumier-Taquechel, *Contribution à l'étude du banditisme social à Cuba. L'histoire et le mythe de Manuel García, «Rey de los campos de Cuba». (1851-1895)*, París, L'Harmatan, 1986; Rosalie Schwartz, *Lawless Liberators: Political Banditry and Cuban Independence*, Durnam, Duke University Press, 1989; Louis A. Pérez, Jr., *Lords of the Mountains: Social Banditry and Peasants Protests in Cuba, 1878-1918*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1989.

17. Verena Martínez-Alier, *Marriage, Class and Colour in Nineteenth-Century Cuba*, Londres, Cambridge University Press, 1974; Denise Helly, *Idéologie et ethnicité. Les Chinois Macao à Cuba, 1847-1886*, Montreal, Presse de l'Université de Montréal, 1979; Mary Reckord, «Chinese Contract Labour in Cuba, 1847-1874», *Caribbean Studies*, julio, 1974, 66-81; Duvon C. Corbitt, *A Study of the Chinese in Cuba, 1847-1947*, Asbury, Asbury College, 1971; Mats Lundahl, «A Note on Haitian Migration to Cuba, 1890-1914», *Cuban Studies / Estudios Cubanos*, 12, julio, 1982, 21-36; Franklin W. Knight, «Jamaican Migrants and the Cuban Sugar Industry, 1900-1934», en Manuel Moreno Fraginals, Frank Moya Pons y Stanley L. Engerman, eds., *Between Slavery and Free Labor. The Spanish Speaking Caribbean in the Nineteenth Century*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1985, 84-114; K. Lynn Stoner Wheeler, «In Defense of Motherhood: Divorce Law in Cuba during the Early Republic», *Studies in Third World Societies*, marzo, 1982, 1-31; y «From House to the Streets: The Women's Movement for Legal Change in Cuba, 1898-1958», (tesis doctoral), Universidad de Indiana, 1983; Rebecca J. Scott, «Class Relations in Sugar and Political Mobilization in Cuba, 1868-1899», *Cuban Studies / Estudios Cubanos*, 15, invierno, 1985, 15-28; Jean Stubbs, *Tobacco on the Periphery: A Case Study in Cuban Labour History, 1860-1958*, Londres, Cambridge University Press, 1985; Harold D. Sims, «Cuban Labor and the Communist Party, 1937-1958», *Cuban Studies / Estudios Cubanos*, 15, invierno, 1985, 43-58; Robert B. Hoernel, «Sugar and Social Change in Oriente, Cuba, 1898-1946», *Journal of Latin-American Studies*, 8, noviembre, 1976, 215-49.

18. La investigación ha sido prodigiosa e incluye a Herbert S. Klein, *Slavery in the Americas: A Comparative Study of Cuba and Virginia*, Chicago, University of Chicago Press, 1967; Arthur F. Corwin, *Spain and the Abolition of Slavery in Cuba, 1817-1886*, Austin, University of Texas Press, 1967; Franklin W. Knight, *Slave Society in Cuba during the Nineteenth Century*, Madison, University of Wisconsin Press, 1970; Gwendolyn Midlo Hall, *Social Control in Slave*

Plantation Societies. A Comparison of St. Domingue and Cuba, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1980; David R. Murray, *Odious Commerce; Britain, Spain and the Abolition of Cuban Slave Trade*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980; Rebecca J. Scott, *Slave Emancipation in Cuba: The Transition to Free Labor, 1860-1899*, Princeton, Princeton University Press, 1985; Robert L. Paquette, *Sugar is Made with Blood*, Middletown, Wesleyan University Press, 1988; Rebecca J. Scott, «Gradual Abolition and the Dynamics of Slave Emancipation in Cuba, 1868-1886», *Hispanic American Historical Review*, 63, agosto, 1983, 449-77; Herbert S. Klein, «North American Competition and the Characteristics of the African Slave Trade to Cuba, 1790-1794», *William and Mary Quarterly*, 16, enero, 1971: 86-102; David R. Murray, «Statistics of the Slave Trade to Cuba, 1790-1867», *Journal of Latin American Study*, 3, noviembre, 1971, 131-49; Franklin W. Knight, «Slavery, Race, and Social Structure in Cuba during the Nineteenth Century», en Robert Brent Toplin, ed., *Slavery and Race in Latin America*, Westport, Greenwood, 1974, 204-27; Laird W. Bergad, «Slave Prices in Cuba, 1840-1875», *Hispanic American Historical Review*, 67, noviembre, 1987, 631-55.

19. Véase, por ejemplo, Herbert S. Klein, *Slavery in the Americas: A Comparative Study of Cuba and Virginia*, Op. cit.; y Gwendolyn Midlo Hall, *Social Control in Slave Plantation Societies. A Comparison of St. Domingue and Cuba*, Op. cit. Franklin W. Knight escribió en 1970: «El estudio de la esclavitud y de su efecto sobre la sociedad se ha desarrollado notablemente en el último cuarto de siglo. Uno de los aspectos más interesantes de este avance es la fuerte inclinación, sobre todo en los Estados Unidos, a ampliar la perspectiva mediante un enfoque comparativo del tema, la justificación ha sido que la mejor forma de comprender el fenómeno en un lugar dado es examinarlo en diversos casos. No puede decirse, sencillamente, que el sistema esclavista de los Estados Unidos fuera el más rígidamente estructurado del mundo sin una mirada más amplia al fenómeno de las sociedades esclavas». Véase Franklin W. Knight, *Slave Society in Cuba during the Nineteenth Century*, Op. cit., xv. Existen algunas notables excepciones: Rebecca J. Scott, *Slave Emancipation in Cuba: The Transition to Free Labor, 1860-1899*, Op. cit., por ejemplo, examina la experiencia esclavista de Cuba, principalmente dentro del contexto cubano, por lo que trata temas historiográficos derivados de la investigación en Cuba.

20. Véase Kenneth F. Kiple, *Blacks in Colonial Cuba, 1774-1899*, Gainesville, University of Florida Press, 1976; Rebecca J. Scott, «Explaining Abolition: Contradiction, Adaptation, and Challenge in Cuban Slave Society, 1860-1886», *Comparative Studies in Society and History*, 26, enero, 1984, 83-111; Donna M. Wolf, «The Cuban 'Gente de Color' and the Independence Movement: 1879-1895», *Revista / Review Interamericana*, 5, otoño, 1975, 403-21.

21. Rafael Fermoselle, *Política y color en Cuba. La guerrita de 1912*, Montevideo, Geminia, 1974; Louis A. Pérez, Jr., «Politics, Peasants and People of Color: The 1912 'Race War' in Cuba Reconsidered», *Hispanic American Historical Review*, 56, agosto, 1987, 509-39; Thomas T. Orum, «The Politics of Color. The Racial Dimension of Cuban Politics during the Early Republican Years, 1900-1912», [tesis doctoral], Universidad de Nueva York, 1975. El tema de la raza y la intervención estadounidense se examina en Erwin H. Epstein, «Social Structure, Race Relations and Political Stability under U.S. Administration», *Revista / Review Interamericana*, 8, verano, 1975, 192-203; y Cathy Duke, «The Idea of Races: The Cultural Impact of American Intervention in Cuba. 1898-1912», en Blanca G. Silvestrini, ed., *Politics, Society and Culture in the Caribbean*, San Juan, University of Puerto Rico Press, 1983, 87-109.

22. Los historiadores que han escrito sobre Cuba después de 1959 han tenido muy en cuenta estas consideraciones. Philip S. Foner escribió en 1962: «Lo cierto es que resulta imposible comprender la Revolución cubana y el régimen revolucionario que asumió el poder el 1º de enero de 1959, sin comprender el desarrollo económico que lo precedió mucho antes». Y, en otro momento, «[La Revolución cubana] debe ser comprendida, y para comprenderla debe conocerse el largo trasfondo histórico que la precedió». Véase Philip S. Foner, *A History of Cuba in its Relations With the United States*,

Nueva York, Internacional, 1962-1965, v. 2, pp. 5, 9. Robert F. Smith escribió al año siguiente en términos sustancialmente similares: «Los sucesos recientes [...] no surgieron del vacío. Sus raíces están en el pasado y deben utilizarse los instrumentos de investigación más actualizados para alcanzar una comprensión de los hechos en curso». Véase Robert F. Smith, *What Happened in Cuba?*, Nueva York, Twayne, 1963, 9. Para Luis E. Aguilar, los sucesos del decenio de 1930 sirvieron «iluminar la historia cubana actual». Véase Luis E. Aguilar, *Cuba 1933: Prologue to Revolution*, Ithaca, Cornell University Press, 1972, ix-x.

23. Véase Federico Gil, «Antecedents of the Cuban Revolution», *Centenal Review*, verano, 1962, 373-93; C.A.M. Hennessy, «The Roots of Cuban Nationalism», *Internacional Affairs*, 39, julio, 1963, 345-59; Hugh Thomas, «The Origins of the Cuban Revolution», *World Today*, 19, octubre, 1963, 448-60; Robin Blackburn, «Prologue to the Cuban Revolution», *New Left Review*, 21, octubre, 1963, 52-91; Sheldon Liss, *Roots of Revolution*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1987; Robert F. Smith, ed., *Background of Revolution*, Nueva York, Knopf, 1966; *What Happened in Cuba?*, op. cit.

24. Jaime Suchlicki, *Cuba from Columbus to Castro*, Nueva York, Scribner, 1974, 114-30, 135; Ramón Bonachea y Marta San Martín, *The Cuban Insurrection, 1952-1859*, New Brunswick, Transaction Books, 1974, 2; Samuel Farber, *Revolution and Reaction in Cuba. 1933-1960*, Middletown, Wesleyan University Press, 1976, 20; Hugh Thomas, *Cuba, the Pursuit of Freedom*, Nueva York, Harper, 1971, 688.

25. Samuel Farber, *Revolution and Reaction in Cuba, 1933-1960*, Op. cit.; 77.

26. Donald W. Bray y Thimothy F. Harding, «Cuba», en Ronald H. Chicolte y Joel C. Edelstein, *LatinAmérica: The Struggle with Dependency and Beyond*, Nueva Cork, Halsted, 1974: 596.

27. Luis E. Aguilar, *Cuba 1933: Prologue to Revolution*, Op. cit.; 231, 239.

28. Jules R. Benjamin, *The United States and Cuba: Hegemony and Dependent Development, 1880-1934*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1977: 188.

29. Federico Gil, «The Antecedents of the Cuban Revolution», Op. cit.; 377.

30. Ramón Eduardo Ruiz, *Cuba: The Making of a Revolution*, Amherst, University of Massachusetts Press, 1968, 167-68.

31. Hugh Thomas, *Cuba, The Pursuit of Freedom*, Op. cit., 688.

32. Jaime Suchlicki, *Cuba from Columbus to Castro*, p. 132.

33. Edward González, *Cuba under Castro: the Limits of Carisma*, Boston, Houghton Mifflin, 1974, 60.

34. Véase Roland T. Ely, *Cuando reinaba Su Majestad el azúcar*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1963, y *Comerciantes cubanos del siglo XIX*, Bogotá, Aedita Editores, 1961; Félix Goizueta-Mimó, *Bitter Cuban Sugar: Monoculture and Economic Dependence from 1825-1899*, Nueva Cork, Garland, 1987; Franklin W. Knight, «Origins of Wealth and the Sugar Revolution in Cuba 1750-1850», *Hispanic American Historical Review*, 57, mayo, 1977: 231-53.

35. Véase Philip S. Foner, *The Spanish-Cuban-American War and the Birth of American Imperialism*, Nueva York, Montly Review, 1972; Louis A. Pérez, Jr., *Cuba Between Empires, 1818-1902*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1983; Carl R. Beck, «The Martínez Campos Government of 1879. Spain's Last Chance in Cuba», *Hispanic American Historical Review*, 56, mayo, 1976; 268-89; Rebecca J. Scott, «Class Relations in Sugar and Political Mobilization in Cuba, 1868-1899», *Cuban Studies / Estudios Cubanos*, 15, invierno, 1985; 15-28.

36. Véase Philip S. Foner, *The Spanish-Cuban-American War and the Birth of American Imperialism*, y Louis A. Pérez, Jr., *Cuba Between Empires, 1878-1902*, Op. cit.

37. David F. Trask, *The War with Spain*, Nueva York, Macmillan, 1981; Lewis L. Gould, *The Spanish-American War and President McKinley*, Lawrence, University of Kansas Press, 1982; G. J. A. O'Toole, *The Spanish War*, Nueva York, Norton, 1984.

38. Jake C. Lane, «Instrument for Empire: The American Militar Government in Cuba, 1899-1902», *Science and Society*, 36, Otoño, 1972, 314-30; Louis A. Pérez, Jr., «Insurrection, Intervention, and the Transformation of Land Tenure Systems in Cuba, 1895-1902», *Hispanic American Historical Review*, 65, mayo, 1985: 229-54.

39. James H. Hitchman, *Leonard Wood and Cuban Independence. 1898-1902*, La Haya, Nijhoff, 1971; «U.S. Control over Cuban Sugar Production, 1898-1902», *Journal of InterAmerican Studies and World Affairs*, 12, enero, 1970, 90-106; y «The American Touch in Imperial Administration. Leonard Wood in Cuba, 1898-1902», *The Americas*, 24, abril, 1968, 294-403; David F. Healy, *The United States in Cuba, 1898-1902*, Madison, University of Wisconsin Press, 1963.

40. Richard B. Gray, *José Martí, Cuban Patriot*, Gainesville, University of Florida Press, 1962; Roberto D. Agramonte, *Martí y su concepción del mundo*, Río Piedras, University of Puerto Rico Press, 1971; John M. Kirk, *José Martí, Mentor of the Cuban Nation*, Gainesville, University Presses of Florida, 1983; Christopher Abel y Nissa Torrents, eds., *José Martí, Revolutionary Democrat*, Durham, Duke University Press, 1986; Carlos Ripoll, *José Martí, the United States, and the Marxist Interpretation of Cuban History*, New Brunswick, Transaction Books, 1984; Peter Turton, *José Martí, Architect of Cuba's Freedom*, Londres, Zed Books, 1986.

41. Peter Turton escribe de Martí: «Sin duda es el precursor de la actual Revolución Cubana» y, en otro momento: «Aparece como el verdadero antecesor político de Fidel Castro». Véase Peter Turton, *José Martí, Architect of Cuba's Freedom*, Op. cit.; 2, 64. Carlos Ripoll responde: «El compromiso de Martí para con los derechos y libertades individuales es incompatible con el propósito marxista-leninista del Estado cubano. Es prácticamente imposible reconciliar sus conceptos de democracia pluralista y soberanía nacional con la dictadura al estilo soviético y el internacionalismo proletario». Véase Carlos Ripoll, *José Martí, the United States, and the Marxist Interpretation of Cuban History*, 15.

42. Gerald E. Poyo, «*With All and for the Good of All*» *The Emergence of Popular Nationalism in Cuban Communities in the United States, 1848-1898*, Durham, Duke University Press, 1989; «Tampa: Cigar Workers and Struggles for the Cuban Independence», *Tampa Bay History*, 7, otoño-invierno, 1985: 94-105; y «Evolution of Cuban Separatist Thoughts in the Emigré Communities, 1848-1895», *Hispanic American Historical Review*, 66, agosto, 1986, 485-508; Louis A. Pérez, Jr., «Cubans in Tampa: From Exiles to Immigrants, 1892-1901», *Florida Historical Quarterly*, 57, octubre, 1978, 129-40. Entre otros estudios sobre los cubanos en el exilio se cuentan: Rodolfo Ruz Menéndez, *La primera emigración cubana a Yucatán*, Mérida, Universidad de Yucatán, 1969; y Paul Estrade, «L'émigration cubaine de Paris (1895-1898)», *Caravelle*, 16, 1971: 33-53.

43. Gary R. Mormino y George E. Pozzetta, *The Immigrant World of Ybor City*, Urbana, University of Illinois Press, 1987; George E. Pozzetta, «Immigrants and Radicals in Tampa, Florida», *Florida Historical Quarterly*, 57, enero, 1979, 337-48; «Historical Beginnings of Ybor City and Modern Tampa», *Florida Historical Quarterly*, 49, abril, 1971, 31-44, y «La Resistencia: Tampa's Immigrant Labor Union», *Labor History*, 6, otoño, 1965, 193-210.

44. Entre algunos estudios representativos se cuentan: William Appleman Williams, *The United States, Cuba and Castro*, Nueva York, Monthly Review, 1962, y Robin Scheer y Maurice Zeitlin, *Cuba: An American Tragedy*, Nueva York, Grove, 1964.

45. Véase Philip S. Foner, *A History of Cuba and the Relations with the United States*; Lester D. Langley, *The Cuban Policy of the United States*. Nueva Cork, Wiley, 1968; Michael J. Mazarr, *Semper Fidel: America and Cuba, 1776-1988*,

Baltimore, Nautical and Aviacion Publishing, 1988; Jules R. Benjamin, *The United States and the Origins of the Cuban Revolution*, Princeton, Princeton University Press, 1900.

46. Entre los mejores trabajos recientes están: Lester D. Langley, «The Whigs and the López Expeditions to Cuba. 1849-1851: A Chapter in Frustrating Diplomacy», *Revista de Historia de América*, 71, enero-junio, 1971, 9-22; Richard H. Bradford, *The «Virginius» Affair*, Boulder, Associated University Press, 1980; James A. Lewis, «Anglo-American Entrepreneurs in Havana: The Background and Significance of the Expulsion of 1784-1785», en Jacques A. Barbier y Allan Kuethe, eds., *The North American Role in the Spanish Imperial Economy, 1760-1819*, Manchester, Manchester University Press, 1983; Roland T. Ely, «The Old Cuba Trade: Highlights and Case Studies of Cuban-American Interdependence during the Nineteenth Century», *Business History Review*, 38, invierno, 1964; 456-78.

47. David F. Healy, *The United States in Cuba, 1898-1902*; James H. Hitchman, *Leonard Wood and Cuban Independence, 1898-1902*; Philip S. Foner, *The Spanish-Cuban-American War and the Birth of American Imperialism, 1895-1902*; Louis A. Pérez, Jr., *Cuba between Empires, 1878-1902*; James H. Hitchman, «The American Touch in Imperial Administration, Leonard Wood in Cuba, 1898-1902»; Jack C. Lane, «Instrument for Empire: The American Military Government in Cuba. 1899-1902».

48. La intervención de 1906 se examina en Allan Reed Millett, *The Politics of Intervention: The Military Occupation of Cuba. 1906-1909*; Ralph Eldin Minger, «William H. Taft and the United States Intervention in Cuba in 1906», *Hispanic American Historical Review*, 41, febrero, 1961, 75-89; Louis A. Pérez, Jr., «Indisposition to Intervention; The United States and the Cuban Revolution of 1906», *South Eastern Latin American*, 28, diciembre, 1984, 1-19. La crisis electoral de 1916 y la intervención estadounidense de 1917 se tratan en George Baker, «The Wilson Administration and Cuba, 1913-1921», *Mid America*, 46, enero, 1964, 48-63; y Louis A. Pérez, Jr., *Intervention, Revolution and Politics in Cuba. 1913-1921*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1978. Las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos en 1933 es el tema de Irwin F. Gellman, *Roosevelt and Batista: Good Neighbor Diplomacy in Cuba, 1933-1945*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1973; E. David Cronon, «Interpreting the New Good Neighbor Policy; The Cuban Crisis of 1933», *Hispanic American Historical Review*, 39, noviembre, 1959, 538-67; Jules R. Benjamín, «The “Machadato” and Cuban Nationalism, 1928-1932», *Hispanic American Historical Review*, 55, febrero, 1975, 66-91; Francis V. Jackman, «America's Cuban Policy during the Period of the Machado Regime» (tesis doctoral), Catholic University, 1965; Peter Frederic Krogh, «Sumner Wells and United States Relations with Cuba: 1933» (tesis doctoral), Tufts University, 1966. Theodore P. Wright, Jr., «United States Electoral Intervention in Cuba», *InterAmerican Economic Affairs*, 13, invierno, 1959, 51-71, examina otros aspectos de la intervención estadounidense. Las relaciones económicas se tratan en Robert F. Smith, «Cuba: Laboratory for Dollar Diplomacy. 1898-1917», *The Historian*, 27, agosto, 1966, 586-609; *The United States and Cuba: Business and Diplomacy. 1917-1961*, New Haven, College and University Press, 1960. Un enfoque *dependentista* a estos años se encuentra en Jules R. Benjamin, *The United States and Cuba: Hegemony and Dependent Development, 1880-1934*.

49. Entre las publicaciones se cuentan: Irwin F. Gellman, *Roosevelt and Batista: Good Neighbor Diplomacy in Cuba, 1913-1945*; Leland L. Johnson, «U.S. Business in Cuba and the Rise of Castro», *World Politics*, 17, abril, 1965, 440-59; Morris H. Morley, «The U.S. Imperial State in Cuba, 1952- 1958»; «Policymaking and Capitalist Interest», *Journal of Latin American Studies*, 14, mayo, 1982, 143-70.

50. Las publicaciones sobre las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos en el período posterior a 1959 son voluminosas. Entre las obras de mayor utilidad se cuentan: Richard E. Welch, Jr., *Response to Revolution: The United*

States and the Cuban Revolution, 1959-1961, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1985; Morris H. Morley, *Imperial State and Revolution: The United States and Cuba, 1952-1986*, Nueva York, Cambridge University Press, 1987, Lynn Darrell Bender, *The Politics of Hostility: Castro's Revolution and U.S. Policy*, Hato Rey, Puerto Rico: Inter-American University Press, 1975; John Plank, ed., *Cuba and the United States. Long-Range Perspectives*, Washington, D.C., Brookings Institution, 1975.

51. El más logrado, con mucho, es Hugh Thomas, *Cuba. The Pursuit of Freedom*, y hay una voluminosa obra, aún en curso, de Levi Marrero, *Cuba, economía y sociedad*, Madrid, Editorial Playor, 1972. Véase también Jaime Suchlicki, *Cuba from Columbus to Castro*; Emeterio Santovenia y Raul M. Shelton, *Historia de Cuba*, Miami, Rema, 1966; Calixto M. Masó, *Historia de Cuba*, Miami, Ediciones Universales, 1976; Wyatt MacGaffey y Clifford R. Barnett, *Twentieth Century Cuba*, Nueva York, Doubledar, 1965; Dennis B. Wood, «The Long Revolution: Class Relationship and Political Conflict in Cuba, 1868-1968», *Science and Society*, 34, primavera, 1970, 6-20.

52. Véase Louis A. Pérez, Jr., *Army Politics in Cuba, 1898-1958*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1976; Rafael Fermoselle, *The Evolution of the Cuban Military: 1492-1986*, Miami, Ediciones Universales, 1987; Allan R. Millet, «The Rise and Fall of the Cuban Rural Guard, 1898-1912», *The Americas*, 29, octubre, 1972, 191-213; José M. Hernández, «The Role of the Military in the Making of the Cuban Republic», [tesis doctoral], Georgetown University, 1976.

53. Jaime Suchlicki, «El estudiantil de la Universidad de La Habana en la política cubana, 1956-1957», *Journal of InterAmerican Studies*, 9, enero, 1967, 145-67; Stirrings or Cuban Nationalism: The Student Generation of 1930», *Journal of InterAmerican Studies*, 10, julio, 1968, 350-68, y *University Students and Revolution in Cuba, 1920-1968*, Coral Gables, University of Miami Press, 1969.

54. Mario Riera Hernández, *Cuba Libre, 1898-1958*, Miami, Rema, 1968; Charles D. Ameringer, «The Autentico Party and the Political Opposition in Cuba, 1952-1957»; *Hispanic American Historical Review*, 55, febrero, 1975, 327-51.

55. Entre ellos se cuentan: Charles D. Ameringer, «The Autentico Party and the Political Opposition in Cuba, 1952-1957»; Ramón Bonachea y Marta San Martín, *The Cuban Insurrection, 1952-1959*; Samuel Farber, *Revolution and Reaction in Cuba, 1933-1960*; John Dorschner y Roberto Fabricio, *The Winds of December*, East Rutherford, Coward, McCana and Geoghagen, 1986; Rolando E. Bonachea y Nelson P. Valdés; *Revolutionary Struggle, 1947-1958*, Cambridge, MIT Press, 1972; Alfred Padula, «Financing Castro's Revolution, 1956-1955», *Revista / Review Interamericana*, 8, verano, 1978, 234-46; Samuel Farber, «The Cuban Communists in the Early Stages of the Cuban Revolution: Revolutionaries or Reformists», *Latin American Research Review*, 58, 1983, 59.84; Alfred Padula, «The Ruin of the Cuban Bourgeoisie, 1959-1961», *SECOLAS Annual*, 11, marzo, 1980, 5-21; Andrés Suárez, «The Cuban Revolution: The Road to Power», *Latin American Research Review*, 7, otoño, 1972, 5- 29.

56. Han proliferado las biografías de Fidel Castro. Véase Jules Dubois, *Fidel Cartro: Rebel-Liberator or Dictator?*, Indianapolis, Bobbs-Merrill, 1959; Maurice Halperin, *The Rise and Decline of Fidel Castro*, Berkeley, University of California Press, 1972; Herbert L. Mathews, *Fidel Castro: A Political Biography*, Nueva York, Allen Lake, 1969; Enrique Meneses, *Fidel Castro*, Nueva York, Taplinger, 1968; Lionel Martin, *The Early Fidel. Roots of Castro's Communism*, Secaucus, Lyle Stuart, 1978; Peter G. Bourne. *Fidel: A Biography of Fidel Castro*, Nueva York, Dodd Mead, 1986; Tad Szulc, *Fidel: A Critical Portrait*, Nueva York, Morrow, 1986.